

En la práctica del «diario»

Un diario llevado día a día se hace casi imposible, salvo en períodos muy cortos de tiempo. Por tanto, podría decirse que, paradójicamente, la esencia misma del diario es la discontinuidad de la escritura, es decir, el azar, la aleatoriedad de las anotaciones.

A mi juicio, los mejores diarios son aquellos que no se autoimponen la escritura cotidiana, sino que obedecen a un impulso profundo de escritura. Y ese impulso es siempre misterioso, azaroso, contrario a toda previsión y a toda voluntariedad.



En mi práctica del diario, la anotación responde a un principio muy semejante, por no decir idéntico, al del poema. De ahí que muchas anotaciones de *La inminencia* sean poemas en prosa.



Un principio de la estética oriental, el *shibui* (reticencia y refinamiento), característico de la poesía japonesa, ha influido de manera muy considerable en los apuntes de mi diario. Es la razón por la que un breve adelanto de *La inminencia*, publicado en forma de cuaderno en 1988, se llamó con la palabra japonesa *Nikki*, que alude a los apuntes diarios. Son anotaciones rápidas, leves e intensas.



La reticencia significa que no todo puede decirse, que no todo *debe* decirse. Entre poder y deber, entre posibilidad y necesidad, existe un territorio en el que la sugerencia se vuelve el ámbito originario del decir más expresivo.

Hay un *no decir* más expresivo que el decir. Y hay ocasiones, en cambio, en las que el decir, en las que contar o narrar se vuelven absolutamente inexpressivos.

El lenguaje –se ha dicho– existe tanto para mostrar como para ocultar. Lo mismo para mostrarse que para ocultarse. Quien escribe un diario está haciendo ambas cosas.



El tema de mi diario, como de todos los diarios, no es su autor, sino el tiempo. El sentido del paso del tiempo, su misterio. El diario es, pues, para mí, una investigación, una exploración, es decir, un estudio del movimiento de la soledad hacia la comunión con el tiempo.



Dos textos de excepción han estado siempre presentes para mí a lo largo de estos años: el *Zibaldone di pensieri* de Leopardi y el *Diario poético* que Juan Ramón Jiménez escribió durante los años de la guerra civil española.

Mi diario no se parece ni a uno ni a otro texto, y es, sin duda, algo muy diferente. Sin embargo, esa diferencia no excluye ni el influjo ni lo que me gusta llamar la «gravitación» de dos escrituras que considero enteramente admirables.

Tampoco se parecen entre sí esos escritos de Leopardi y Jiménez. Y, sin embargo, una poderosa analogía los une en mi imaginación y en mi espíritu.

Es inútil decir que tanto el *Zibaldone* como el *Diario poético* están unidos por su común preocupación por el pensamiento poético o de lo poético.



Mi práctica del diario se inclina más del lado de la escritura meditativa, poderosamente imantada por lo poético y lo filosófico, que del lado del realismo confesional. Es decir, más del lado de Leopardi y de Jiménez que del lado de Thomas Mann o de Pavese, por citar algunos ejemplos muy conocidos.

No pretendo establecer aquí una tipología de la escritura diarística. (Si así fuera, habría que hablar, más bien, en plural: tipologías). Trato

sólo de acudir a ejemplos de diarios suficientemente conocidos para establecer un campo inicial de aproximación y de interpretación.



Es verdad que, como afirma Elías Canetti, los diarios aparecen asociados o identificados con la intimidad y la confesión. Cuando, en 1980, empecé a escribir las anotaciones que han dado lugar a *La inminencia*, no tuve conciencia alguna de haber iniciado con ellas un diario. En el prólogo a la presente edición señalo que nunca he estado del todo seguro de escribir o haber escrito un diario.

Leí hace años, sin embargo, en un ensayo memorable de Maurice Blanchot, que «un diario no es esencialmente confesión o relato de uno mismo. Es un Memorial».

Desde entonces, una intuición se me ha confirmado: poco importa el nombre que demos a la escritura fundada en la preservación de la memoria. Porque lo cierto es que no existe un modelo o caso único de escritura diarística.

A la luz de los múltiples casos que la modernidad ha alumbrado en el ámbito de la preservación de la memoria (de Leopardi a Jünger, de Kafka a Virginia Woolf, de Gide a Gombrowicz), puede decirse que el diario es un género en perpetua formación.



La confesión: género literario, ha escrito María Zambrano. Desde que Nietzsche denunció en nuestra cultura la fantasmagoría del yo (¿quién habla cuando se dice «yo»?), es inútil hacer distinciones o clasificaciones entre textos de carácter íntimo y supuestamente confesional (diarios) o textos en que lo confesional desaparece total o parcialmente.

Pues también el yo se construye. Al decir «yo», un relato comienza –un relato que no es ni cierto ni falso.

Radical ficción de todo «yo».



«Un diario valdrá lo que valga como literatura», ha dicho una voz crítica muy decisiva en lo moderno. Nada más cierto, a mi juicio.



A propósito del «yo», debo insistir en lo que ya digo en alguna parte de *La inminencia*, con palabras del poeta Henri Michaux acerca de su personaje Plume: «El yo no es nunca sino provisional».



El diario imanta al poema en prosa, pero también, en una medida no menor, al ensayo breve y al aforismo. Todas esas formas dialogan entre sí.



¿Sería el diario un género de géneros? ¿Sería un género cuya ductilidad o maleabilidad lo convierte en una especie de libre adición y no menos libre aleación de formas preexistentes?



El diario es un género devorador: es una escritura de la devoración. Atrapa toda clase de escritura y la asimila a su naturaleza. Pero el diario no tiene, por definición, naturaleza, y ni siquiera es propiamente un género.



La práctica del diario ha sido y es para mí un campo de pruebas en el que la escritura poética cubre o recubre formas de expresión colindantes, hasta hacer de todas ellas una sola corriente intelectual y espiritual. Un cauce unitario, una búsqueda en la convergencia.

Andrés Sánchez Robayna